

Técnicamente la novela es un acierto, sin duda, pero para el lector actual el monólogo interior es ya demasiado literario, vinculado inextricablemente a la escritura, y por consecuencia la presencia del autor se resalta. *La princesa* relega al autor al papel de mero escuchador silencioso y a la pasividad del meganógrafo que fielmente transcribe el monólogo de la joven. Su intervención se limita a la intercalación de citas entre capítulos. El texto es esencialmente oral. Sainz elimina el estilo personal que es la seña de identidad del autor por medio del uso de un lenguaje común y corriente, sobrecargado de palabras superfluas que un autor eliminaría al escribir "literatura".

Otras novelas recientes igualmente buscan eliminar al autor, como *Conversación en la catedral* de Vargas Llosa o *Boquitas pintadas* de Manuel Puig, pero en ellas hay varias voces en el juego. Sin salir de México encontramos dos novelas más afines a *La princesa*: *La voz adolorida* [1961] de Vicente Leñero, y *Hasta no verte Jesús mío* [1969] de Elena Poniatowska. La primera es un monólogo de un paciente que habla con su psiquiatra; un caso patológico clásico. En *Hasta no verte* una señorona cuenta su vida desde los principios del siglo hasta la época actual. Sin embargo, las diferencias entre *La princesa* y las otras dos son las mismas que separan la Onda de la generación de Carlos Fuentes. La locura de *La princesa* no es criminal ni patológica: la irreverencia de la Onda abarca la psicoanálisis también. La joven no se dirige a un doctor para deshacerse de su trauma, sino para crear con la palabra la realidad de su experiencia. Lo contado en *Hasta no verte* cobra trascendencia como crónica de la historia significativa de México. Viene siendo la intrahistoria unamunesca que da valor a los tiempos, pero cobra valor de ellos mutuamente. En cambio *La princesa* revela la vacuidad de una época. Ambas narradoras hablan para crear un espacio para la vida, pero mientras la anciana de *Hasta no verte* puede servirse de acontecimientos trascendentes, la princesa no. *La princesa* rechaza el truco tradicional de pedirle prestado a la historia valores pre-establecidos. No. Nada de importancia pasó en esa época, salvo la juventud de una mujer; y de repente el verdadero sentido de la novela, hasta de los riesgos que corre, se revela.

La princesa habla para crear un espacio en el mundo, para afirmar la historicidad de su época, como si ella no lo hiciera todo dejaría de existir. No es buscarse un lugar en la historia, sino crear un lugar para la historia, y ese lugar es la palabra. Dentro de ese espacio la princesa crea su imagen de la más deseada de las mujeres. Mas, como producto de una generación que rechazó el tomar en serio la vida como hacia "la momiza del establecimiento," la princesa trata de convertir todo en un chiste, un albur, una "monada brutal," pero sigue hablando a toda costa porque lo que narra ya se acabó. La onda actual ya es otra; la suya salió con el reflujo y la princesa está perdida en el mismo mar abismal que la Onda negaba: el matrimonio tradicional y la vida sin sentido de la clase media. Esta posibilidad que José Agustín planteó en *De perfil* ahora cobra una realidad gigantesca, y a pesar de las intenciones de la princesa, detrás de su alegría y la superficialidad de su lenguaje se trasluce la amenaza de siempre: el tiempo. El tiempo borrará los recuerdos si no se ponen afuera en el mundo, pero por ser tan insignificantes la princesa habla desesperadamente, más allá del fastidio y aburrimiento, porque es lo único que le queda. El autor, fiel a lo hablado, rehusa hacer cortes "literarios" que mejorarían el estilo o la vida. Se arriesga su identidad como autor para, paradójicamente, realizarse como el autor que siempre ha buscado ser, el autor que desaparece de y en su literatura. Acierta totalmente.

La posición de *La princesa* en la literatura mexicana será dictada por la historia [vaya el clisé], pero dentro de perspectiva de la Onda es una novela clave. Marca la desesperación de una generación que hizo alarde de la juventud, la novedad y el rechazo de los sistemas tradicionales, al encontrarse sujeta a las reglas temporales de la vida sin haber creado las alternativas que permitieran una nueva forma de vida social. Cumple con un futuro siniestro vislumbrado por algunos onderos desde el principio. Y a pesar de la defensa de la evolución constante como esencia de la Onda hecha brillantemente por José Agustín [*Diálogos*, enero, 1974], el tiempo suele fijarnos y desgraciadamente los jóvenes dictan la onda y la suya ya es otra. Ni modo.

Yale University

BRUCE-NOVOA

LUIS LOAYZA. *El avaro y otros textos*. Lima: Instituto Nacional de Cultural, 1974.

Cuando *El avaro* (1955) apareció en Lima, llamó la atención la modernidad de su lenguaje y la trabajada sencillez de su prosa. Hoy se lo considera representativo de las inquietudes artísticas que animaban a la generación de narradores peruanos en la década del cincuenta: Loayza y sus congéneres buscaban la prosa sucinta y poética, a la vez que el empleo autónomo del lenguaje. La presente edición, con una evocativa "Nota preliminar" del poeta Abelardo Oquendo, amigo y compañero de generación de Loayza, reúne toda la narrativa breve del autor. A sus

relatos primigenios (pp. 15-31), añade tres posteriores (pp. 35-46): "Guerreros," "El compañero" y "Creonte;" y también recoge "Vocabulario y otros textos" (pp. 49-62) y "Retrato de Garcilaso" (pp. 65-80). Las constantes de esta colección son la precisión del lenguaje y la poética intensidad de lo narrado, evidenciadas particularmente en los nueve relatos de *El avaro*: "Palabras del discípulo," "El avaro," "El visitante," "El héroe," "La bestia," "El monte," "La estatua," "Exodo," y uno sin título, y en los agrupados bajo el rótulo de "Griegos." El trágico destino del discípulo en quien caducarán pronto las enseñanzas del maestro a pesar de sus esfuerzos; el absurdo avaro que gusta del poder de las monedas y rehusa gastarlas para, tantálidamente, desear; el generoso solitario que espera la prueba clave y siente llegar su muerte y su duda; el joven movido por el ansia de libertad; el héroe por accidente y exageración; la bestia memoriosa que cuidadosamente observa al hombre con la secreta esperanza de transformarse en ser humano; el hombre dubitativo, acosado por el qué permanecerá; el pueblo que adora o execra la misteriosa estatua ante la indiferencia de sus sacerdotes; y, finalmente, el terrible e inexplicable éxodo, captan la esencia de antiguas preocupaciones alimentadas por el hombre en el curso de su historia. En "Guerreros" la "vida escapa en un golpe de sangre" (p. 35); el luchador cae como "un álamo hermoso, con las guías rotas a hachazos" (pp. 35-36). Aqueos y troyanos, amigos y enemigos, están ahora unidos en la espantosa igualdad de la muerte. "El compañero" reelabora con lenguaje casual y cierta nota humorística la muerte de Elpenor, contada en *La Odisea*. Y con sarcasmo, el narrador lamenta el fallecimiento accidental de su compañero de aventuras a la vez que concluye: "más vale acabar lleno de vino que de agua salada" (p. 41). Es "Creonte" [*Literatura*, No. 3 (1959)] el relato más intenso de los tres que integran "Griegos." El rey de Tebas, vencido por la vejez y el hastío: "Yo soy la tierra estéril, el verano abolido" (p. 45), rememora su vida. La tragedia de Edipo, Yocasta y sus hijos es el centro de sus recuerdos que mezcla con la plena consciencia de sus vínculos terrenales. Fue un rey como hubiera podido ser labrador o soldado. Empero, aun en la hora de la muerte, su mente está signada por la violencia del pasado. Impotente entonces y ahora, sólo reclama el perdón de Antigona. Lloramos con Creonte y lamentamos su verdadera tragedia: el no poder olvidar.

En "Vocabulario" [*Mercurio peruano*, No. 341 (1955)] humorísticas y curiosas definiciones y etimologías dan nuevo aliento y significado a almohada, clavel, favor, Góngora, milagro, misterio, ornitorrinco, pagoda, ternura y unicornio--"El caballo se puso un cuerno en la cabeza y dijo: soy un unicornio" (p. 53). De "los otros textos"-- "Homenaje a un poeta" y "El sapo" [*Cultura Peruana*, No. 112 (1955)], "Las abejas," "Cuento," "Sueño del señor chismoso"--cabe destacar "Fieras," donde el autor traza inquietantes paralelos entre los animales cruelmente enjaulados en el zoológico y sus cancerberos que "llevan, también vencida, la otra fiera que a veces se adivina en sus ojos" (p. 62). "Retrato de Garcilaso" [*Literatura*, No. 1 (1958)], es el más extenso de los relatos. Dividido en seis partes, se ocupa sucesivamente del linaje del Inca, su niñez, su adolescencia, su viaje a España, su estancia en Montilla y la génesis de los *Comentarios Reales*. Loayza capta la tragedia íntima del gran mestizo y su deseo de forjar para su patria americana y para él mismo la identidad de que carecían. El "primer peruano" (p. 86), por su lucha que todavía continuamos tres siglos después de sus *Comentarios Reales*, es aquí el primer hispanoamericano.

La colección de relatos así agrupados indica, como otras contribuciones del autor: *Una piel de serpiente* (1964) y *El sol de Lima* (1974), la prosa nerviosa y saturada de poesía que Luis Loayza logra en su obra literaria.
The City College, CUNY

RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ

ELENA PORTOCARRERO. *La multiplicación de las viejas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1974.

En el mundo literario peruano las mujeres han resaltado por ser agudas y certeras observadoras de las costumbres sociales. En varias ocasiones aportes femeninos--*Aves sin nido*, *Peregrinaciones de una paria*, *Blanca Sol*--escandalizaron doblemente a la sociedad peruana por su penetrante crítica social y por venir ella de autoras. Ahora Elena Portocarrero, periodista, cuentista, dramaturga, ex-directora del Teatro Nacional, ex-profesora universitaria en Lima y Huancayo, y actualmente agregada cultural y de prensa de la Embajada del Perú en la Argentina, con *La multiplicación de las viejas*--finalista del Premio Goodyear--se vincula a esta trayectoria femenina en las letras peruanas. Su novela es un duro ataque a las ideas y costumbres anquilosadas y a la burguesía movida exclusivamente por el deseo de poder y de fácil enriquecimiento. Al mismo tiempo *La multiplicación de las viejas* nos ofrece la nostálgica visión de una sociedad trágicamente dividida: "el que tiene mucho, el que poco posee, y el que nada agarra" (p. 168). Predominan los dos últimos grupos. Pero todos están atrapados; son víctimas de las "viejas". En el plano anecdótico estas "viejas" son seres humanos; tías solteronas ex-